

dades económicas y el gobierno de la ciudad para concluir con las cuestiones del fisco municipal. Todo aparece encadenado, sin fisuras entre las diversas partes de que consta el trabajo. Nada de historia institucional al uso. *Sevilla, fortaleza y mercado*, por el contrario, constituye un modelo para cualquier estudio acerca de la historia de una ciudad, pues integra el marco territorial, la población, la economía, la sociedad y el gobierno de la localidad. ¿Cuánto tiempo ha habido que esperar para que esa metodología fuera seguida en los estudios de historia de las ciudades medievales? Por lo demás el trabajo de Carande que comentamos privilegia el análisis de los aspectos dinámicos, aspectos fundamentales en una investigación histórica (lo que contrasta con algunas modas de nuestros días, como la «teoría de los sistemas», lamentablemente seguida por algún medievalista en sus estudios de historia urbana). Un artículo de revista, que no llega a las 200 páginas impresas, y cuya aparición data del año 1925, es, no obstante, una de las más importantes contribuciones al medievalismo aparecidas en España en el primer tercio del siglo XX.

En 1927 Ramón Carande publicó otro trabajo de historia medieval. Su título es «Repoblación del castillo de Badajoz en 1370», y apareció en el volumen I de la *Revista del Centro de Estudios Extremeños*. Era un contribución a la historia de las tierras extremeñas, tan estrechamente vinculadas a la propia trayectoria vital de Ramón Carande. El siguiente trabajo del maestro sobre tema medieval se refería al ámbito palentino, en concreto al pasado de la capital de la provincia en la que naciera Carande en 1887. Nos referimos a su trabajo «El obispo, el concejo y los regidores de Palencia (1352-1422). Aportación documental sobre el gobierno de una ciudad en la Edad Media». Su primera versión fue leída en el mes de abril del año 1932, con motivo de la celebración de una «Semana de Historia del Derecho». Poco tiempo después el artículo aparecía impreso en la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, IX, 1932, págs. 249-271. Aunque de pretensiones más modestas que el trabajo antes comentado acerca de Sevilla en el siglo XIV, éste de Palencia presenta también un interés excepcional. Una vez más el título se nos queda corto, pues hay mucho más que una simple aportación documental sobre el gobierno de Palencia en la segunda mitad del siglo XIV y los comienzos del XV. El artículo a que aludimos estudia el desarrollo del concejo palentino en relación con la sociedad en la que estaba incardinado, pero sobre todo analiza el papel del obispo, señor de la ciudad, sobre el órgano de gobierno municipal. Palencia, caso singular en el contexto de la Meseta norte, era una urbe de señorío episcopal. De ahí el complejo juego de relaciones que se establecieron entre el señor de la ciudad y los regidores del concejo. Pues bien, Ramón Carande, utilizando magistralmente el idioma castellano, desentraña el trasfondo del gobierno de Palencia entre 1352 y 1422, basándose ante todo en fuentes inéditas, del archivo catedralicio y del archivo municipal de la ciudad del Carrión. Este trabajo, no obstante, fue escasamente conocido por los medievalistas, al menos hasta el año 1969, en que la editorial Ariel lo incluyó en el libro denominado *Siete estudios de historia de España*. Su «recuperación» fue saludada con gran entusiasmo, pues, más allá de las cosas concretas que en el trabajo se decían sobre Palencia, había en él importantes pistas metodológicas para el estudio de las ciudades medievales. De ahí que en el reciente congreso sobre historia de Palencia, celebrado en diciembre de 1985, las referencias a este

trabajo de Carande fueran abundantísimas en las ponencias y comunicaciones que versaban sobre el período medieval.

En la década de los treinta, no obstante, disminuye la actividad publicística del maestro. Ello obedecía, entre otras razones, al incremento de las tareas públicas que se le encomendaron, como el desempeño del rectorado de la Universidad de Sevilla. Eran los tiempos de la Segunda República española, la cual, para llevar adelante los proyectos de modernización de la sociedad, necesitaba el concurso de los intelectuales progresistas, entre los cuales se encontraba Ramón Carande. Pero este acercamiento a «la cosa pública» no paralizó, ni mucho menos, la actividad investigadora del maestro. Lo que sucedía era que Carande preparaba pacientemente los materiales de una importante empresa investigadora. Su valía como historiador, y más aún como medievalista, había quedado probada por sus anteriores trabajos. Ramón Carande no estaba acuciado por la necesidad de acumular publicaciones, mal que tanto aqueja al mundo académico de las últimas décadas de este siglo. Lo que le interesaba era publicar cosas que tuvieran interés y que pudieran aportar algo novedoso, ya fuera por la metodología utilizada o por las conclusiones de sus investigaciones.

Pues bien, Ramón Carande había proyectado un trabajo sobre «la vida económica de la corona de Castilla en la época de Trastámara». Nadie estaba mejor preparado que él para llevar adelante esta empresa. Conocía las fuentes de los últimos siglos de la Edad Media, se había adentrado sin miedo en los archivos, dominaba los recovecos jurídicos de buena parte de la documentación, pero sobre todo poseía una formación teórica de economista. Día a día Carande iba recopilando información para su trabajo. Fichas bibliográficas, datos procedentes de las fuentes, ideas que pensaba desarrollar, todo iba a parar a las numerosas carpetas que Ramón Carande estaba reuniendo en su casa de Madrid para realizar la investigación soñada en el momento en que las ingentes actividades a las que tenía que hacer frente le dejaran un resquicio. Pero en el verano de 1936 estalló la guerra civil en España. Desastres sin cuento se produjeron por todo el territorio nacional, mas pocas ciudades pasaron tantas penalidades como Madrid. Allí perecieron las carpetas que Carande había reunido amorosamente para estudiar la economía de la época de Trastámara. ¡Cuántas horas de trabajo del maestro se volatilizaron en aquella tragedia! Y al mismo tiempo ¡qué pérdida sufrió el medievalismo español!

Pasada la contienda fratricida Ramón Carande, como si nada grave le hubiera sucedido, reanudó la actividad investigadora. Abandonado el proyecto sobre la economía de la época trastamarista, su nuevo punto de mira fue el reinado del emperador Carlos, y en concreto la actividad de sus banqueros. Se estaban poniendo los cimientos de lo que, andando el tiempo, sería su obra más conocida, *Carlos V y sus banqueros*. ¿De no haber perdido en la guerra los papeles sobre su anterior proyecto de investigación, hubiera existido siquiera *Carlos V y sus banqueros*? Futurible sin sentido, se nos dirá. Ciertamente, pero la pregunta no es tan absurda. Con ella se quiere dar a entender que la nueva orientación de Ramón Carande hacia la actividad económica de Castilla en la primera mitad del siglo XVI tiene mucho que ver con la tragedia acaecida en Madrid entre 1936 y 1939. De todas formas para emprender el estudio de la economía castellana de tiempos de Carlos I se necesitaba un sólido conocimiento de la etapa que le precedió. Esta circunstancia se daba sin duda en Carande quien, aunque no había desarro-

llado su investigación sobre la economía de Castilla en la época de los Trastámara, conocía el tema suficientemente. Nos lo pone de manifiesto un trabajo que publicó años más tarde, «La economía y la expansión ultramarina bajo el gobierno de los Reyes Católicos», aparecido en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 130, 1952, págs. 213-257, recogido asimismo en el libro *Siete estudios de Historia de España*. En este trabajo traza un bosquejo de la economía de la corona de Castilla en los siglos XIV y XV. Sus rasgos más sobresalientes fueron, según el maestro, una ganadería transhumante próspera, una caudalosa exportación de lanas, una incipiente marina y una postrada industria. El conjunto define, en opinión de Carande, una «economía castiza», expresión singularísima con la que tipifica el panorama económico de la corona de Castilla en tiempos de los Reyes Católicos. Pero quizá lo más significativo es que en 1952, cuando ni había en España cátedras de historia económica, ni apenas estudios sobre la economía de la época medieval, Carande diera en el clavo. Todos los trabajos de investigación de las últimas décadas no han hecho sino confirmar lo que el maestro apuntara en su artículo del año 1952, pues la economía castellana de los siglos XIV y XV ofrece ciertamente los rasgos señalados por Carande.

Creemos haber dado ejemplos suficientes de la significación de Ramón Carande como historiador de la Edad Media. Sus principales trabajos son anteriores a 1936. Sus investigaciones posteriores, bien lo sabemos, se orientaron hacia los siglos de la Edad Moderna. Pero ello no amengua el valor de su contribución al medievalismo, que tuvo en muchos casos un auténtico carácter pionero, particularmente en lo que se refiere al estudio de las ciudades medievales.

Antes de concluir quiero hacer mención de mi primer encuentro con Ramón Carande. Fue en Sevilla, en el otoño del año 1971. Acababa yo de incorporarme a la cátedra de historia medieval de la universidad hispalense. Carande era para mí un nombre señero de la historiografía española, una autoridad universal, poco menos que una divinidad personificada. Por si fuera poco tenía noticia de su proyectado trabajo sobre la economía castellana de la época de los Trastámara. Esto aumentaba mi intranquilidad, toda vez que yo había publicado algunos trabajos sobre esos siglos. Pero cuando se produjo el encuentro todos los temores desaparecieron. Carande se mostró desde el primer momento como un hombre cordial, sencillo y cariñoso. El hombre había triunfado sobre el mito. A ese hombre, gigante intelectual de nuestro tiempo, quiero yo rendir homenaje, por lo que ha supuesto su contribución al medievalismo hispano, pero sobre todo por el inmenso legado que nos ha dejado, que constituirá, sin duda, una estela imborrable para que las generaciones futuras puedan orientarse en este mundo.

Julio Valdeón Barunque